REMEMBER

"Quien vive, olvida."

Campoamor.

REMEMBER

Al Sr. Dr. Manuel Gómez Portugal.

—"Fué en invierno, en una tarde muy triste, muy triste....

Un cuervo hambriento graznaba sobre el derruido paredón del solitario cementerio. El cielo se había ocupado aquel día en cubrir su jubón de azul inmaculado, con el manto gris que le prestaron las brumas, y las hojas secas desprendidas de los rosales mustios, se perseguían revoloteando por las callejuelas que formaban las tumbas. El sepulturero cavaba una fosa y cantaba alegremente; de pronto su tosco azadón tropezó con un cráneo pelado que al golpe del mohoso hierro crujió siniestramente; el hombre rudo lanzó un grosero juramento, le dió un puntapié al despojo que rodó entre la tierra húmeda mezclada con hierbajos secos, y el trabajador de la Muerte, con voz ronca, macabra y aguardentosa, prosiguió cantando.

Una hermosa pareja de alondras cruzó rápidamente aquel campo funerario, y se perdió en lontananza: parecían ilusiones.....

Algunas madres demacradas, enlutadas, pálidas y afligidas, lloraban al pié de las tumbas de sus hijos; un anciano y un niño enfermizos, arrodillados en un pequeño prado de marchitos «no-me-olvides,» oraban reclinados sobre

uña humilde lápida de borrosa inscripción. ¡Y éstos eran todos los deudos! No había allí ni una novia; y es que á las novias no les agradan estas visitas á los muertos: como las bellas ingratas no tienen memoria, olvidan, olvidan demasiado pronto.

¡Siete años han pasado, Severo!

¡Dios mío!, hay que ponerle un dique al tiempo, á ese traidor que nos arrebata en un momento nuestras ilusiones juveniles todas!

Yo meditaba tristemente, escuchando el salmo melancólico de los empolvados cipreses, y como Fóscolo, *«il mio cuore s'innal sava come se aspirasse ad una regione piú sublime assai della terra.*

El cráneo, desde lejos, me miraba con sus órbitas negras.....y se reía!

El lento tañido de la campana anunciadora me hizo estremecer: estos fatídicos toques no se olvidan jamás; quedan fijos, persistentes, ondulando, vibrando sordamente en el alma; anuncian la entrada de un sér querido á la eternidad.

Por fin el fúnebre carro se detuvo. Un sencillo ataúd, regalo de varios estudiantes caritativos, encerraba los despojos de la pobre pecadora. Ni una rosa, ni un guiñapo de crespón, ni una cruz, ni una corona, ni un amigo; nadie se había ocupado de llevarla siquiera una modesta ofrenda.

Verdoso, destrozada, aserrado el cráneo, espantosamente descompuesta, la reconocimos en la sangrienta y marmórea plancha del anfiteatro. Un expresivo suspiro brotó de todos los pechos oprimidos por la compasión y la angustia; alelados, mudos, sombríos, nos mirábamos desconsoladoramente.

—Es *Ella*.

—Sí: *Ella* es....

Los bisturíes cayeron de nuestras manos temblorosas, y después.....después, ¡oh!, el implacable conductor de los muertos, riendo sarcásticamente como el lúgubre y silencioso personaje de Tennyson, la cogió con sus callosas manos asquerosas, heladas, y sanguinolentas, y la arrojó bestialmente en el infecto carro del servicio. Un ávido enjambre de moscas negras y repugnantes, revoloteó zumbando inquieto; la hermosa cabeza que albergara tantos ensueños blancos en extraña mezcla con criminales ideas, rebotó sordamente sobre las viejas maderas impregnadas de sangre hedionda y coagulada; el áureo pelo blondo, apelmazado, con adherencias de pútridos fragmentos musculares, caía en desórden sobre la sucia manta fenicada que apenas si bastaba para velar la desnudez impúdica, cubriendo también el rostro horriblemente pálido y arrugado del otro cadáver. Aquel póstumo abrazo de la bella joven pecadora y de su asesino, me hizo pensar en la inexorable y misteriosa justicia de Dios....

Ella, la pervertida por la maldita lascivia de los hombres, la infeliz favorita de la miseria, la esclava de su propia avaricia, la marcada con el impuro sello de la degradación irremediable, la que tan sólo tuvo las sensuales caricias del amor impetuoso, egoísta y brutal, en vez de los santos besos y de las dulces caricias de su prometido y de su anciana madre; la miserable huérfana, la que pudiera haber sido un ángel de alma tan pura como el alma de las rosas, la que nunca tuvo rosas en su desenfrenada vida, no las tuvo tampoco en su oscura muerte. ¡Pobre mujer!.... lo blanco huía de ella!

El encargado del panteón recibió el féretro, y los trabajadores de la Muerte lo depositaron en la fosa común, en el lugar de los solos, de los desamparados, de los que van á servir de pasto á la ciencia médica en los inmundos

anfiteatros. Luego, la piadosa madre tierra cumplió su misión, las paletadas del negruzco polvo cubrieron para siempre sus restos; los peones apisonaron la tierra floja y removida, se persignaron maquinalmente, y, como siempre, se alejaron cantando alegremente. No hubo ni una lágrima, ni un sollozo, ni una oración, nada! Todo fué de una cencillez aterradora. La Naturaleza secundó con su pesado silencio aquella fría entrada á las sombras infinitas de lo desconocido. Y la vida siguió impasible.

Ante la terrible realidad permanecí pensativo, suspenso, admirado de mí mismo y de la transformación increíblo operada en mi ánimo. Frío, inmóvil, pálido, se hubiera creído que el muerto era yo.

Las madres, el anciano y el huerfanito, habían concluido ya sus plegarias al Todopoderoso, y todos traspusimos silenciosos, huraños y graves, el ancho pórtico del cementerio. Los sepultureros se fueron también; la historiada verja chirrió tétricamente sobre sus enmohecidas goznes; la noche tendió su nebuloso velo sobre el valle; la misteriosa luz de la luna se filtraba á través de las lenguas fosforecentes de los fuegos fatuos, y el ábrego helado parecía traer el eco de las estridentes y paverosas carcajadas de las brujas que en los aires celebran su diabólico aquelarre.

Ahí, cerca del pequeño prado de marchitos «no-me-olvides,» dejé olvidada mi juventud marchita: fué la única rosa blanca que cayó en la tumba de la infortunada pecadora!

Bajé silenciosamente la colina. Mis pasos resonaban lentos y monótonos haciendo crugirlos guijarros del sendero. ¿Qué haría yo para recorrer con resignación mi largo camino futuro?.....

Entonces tropecé con un nidito abandonodo en vías de

formación, y creo que en aquel instante de inmenso desconsuelo, sí brotó de mis ojos una lágrima ardiente, pero sentí una rabia inaudita de verme tan cobarde, y arrancando de un golpe mi primer amor funesto, pisoteé con ira el nido!

En los tilos cercanos se arrullaban tranquilamente las parejas de alondras.

¡Ah, sí! Fué en invierno, en una tarde muy triste, muy triste....."

Así habló mi amigo el doctor, mientras se enjugaba una lágrfma furtiva. Yo pensaba en su tristeza.....y pensando en su tristeza, pensaba en que la Vida renace de la Muerte.

El jardín reverdecía maravillosamente; los pájaros se besuqueaban entre los duraznos cuajados de rosadas flores; los lírios comenzaban á abrir sus corolas de níveo raso; los prados despedían un fuerte olor de tierra fecundada; píaban los polluelos desde sus altos nidos; alegres rayos de sol se filtraban á través de las frondas, y su prima Teresina lo espiaba con ojos amorosos bajo la sombra de un naranjo verde como la esperanza.....

—¡Mira!—le dije. Teresina tiene algo qué decirte.

—¿A mí?

—¡Sí, hombre, á tí! ¿No eres tú el doctor Edmundo, prfmo de la guapa señorita Teresina, hombre *ciego* que ha vivido seis años sin adivinar que lo buscan incesantemente un par de ojos negros.....

—¡Ah! Entonces....

—Sí, admírate, galeno pesimista; Teresina ...

No escuchó más; de un salto se puso á su lado; y yo me alejé discretamente por las callejuelas enarenadas no sin haber escuchado antes el sonoro estallido de un beso y estas expresivas frases:

—¿Sí?
—¡Sí!
—¿Cuando florezcan los naranjos?
—¡Cuando florezcan los naranjos!
Entonces bendije á *mi* Dios.

EL PAÑUELO

.....“A matarte
vengo, pa que veas
que, si tóico pasa,
tamién tóico llega.”
(Aires murcianos.—“¡Uno sobra!” por Vicente Medina. Pág. 90.)